

AÑO XXI.—NÚM. 6071

6 DE SETIEMBRE DE 1881.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Martes 6 de Setiembre de 1881.

CONOCIMIENTOS UTILES.

—0—

Curiosidades musicales.

Segun Billant, crítico de gran
habilidad y publicado en el
"L'Echo de la Presse".

El arte de tocar un arte cualquiera,
dice el autor, es indispensable estu-
diar las obras de los maestros para
aprender los procedimientos y el len-
guaje técnico de que aquellos se sir-
ven con tanta seguridad. Pero en
una época como la nuestra, en que
todo es tan complicado y tan lleno
de matices, es un verdadero placer
encontrarse con un manual de
arte primitivo.

La música, que parece actualmen-
te inclinada á la confusión gótica,
necesita evidentemente una reac-
ción moderada que le recuerde sus
principios naturales. Pero para en-
contrar el verdadero punto de parti-
da de un arte, no debemos recurrir
á los libros. El arte razonado se fun-
da en el instinto del pueblo, para
desarrollarse y modificarse despues
dirigido por la experiencia. En mu-
chas obras impresas encontramos
fragmentos de nuestra antigua mú-
sica nacional pero desgraciadamente
el pueblo los ha olvidado. Los fran-
ceses han perdido su originalidad
musical bajo este punto de vista. Las
canciones de café-concierto han in-
vadido el país y se propagan con una
rapidez inexplicable. La música pre-
parada ha substituido a la música que
creaba el instinto.

Sin embargo las antiguas cancio-
nes francesas tenían un sabor muy
particular: eran á la vez dulces y ale-
gres y jamás caían en lo vulgar.
Pero quien las canta hoy día? A gu-
nas veces en las aldeas más aparta-
das de los agostos de esta música
recordamos los fragmentos que cantaba una mu-
jer de los alrededores de Never pa-
ra hacer dormir á un niño en un
jardín. El calor era insostenible, los
mismos insectos permanecían inmó-
viles en los rayos del sol como un
pedazo de ámbar. La mujer contaba
á media voz una especie de melodía
en patois de una dulzura incampa-
rable; la monotonía del ritmo se
confundía con los zumbidos que lle-
naban el jardín. La ausencia de no-
tas sensibles y la indecision entre el
mayor y el menor, que caracte-
rizan á la música antigua, revela-
ban la antigüedad de la canción. Nos
fue imposible trasladar al papel aquel
canto, que era sin duda alguna un
trozo rarísimo.

Es lamentable que no se ha pen-
sado hasta ahora en coleccionar los

cantos tan llenos de originalidad de
nuestros campos; parece que hay un
especial empeño en desdeñar todo lo
que procede de nuestro instinto na-
tural.

Las melodias antiguas se recono-
cen fácilmente por su parecido con
los cantos antiguos.

Algunos desearían coleccionar algu-
nos cantos populares; pero es
imposible procurarse porque desa-
parecen con triste rapidez.

Convenimos en que es difícil coger
los al vuelo, porque cuando se hacen
repetir á las personas que los saben,
estas los alteran, empeñadas en pre-
cisarlos, y además, las notas solo
pueden ser aproximadas en lo que al
ritmo se refiere; las indicaciones es-
critas pueden vencer esta dificul-
tad.

Por encantadoras que sean estas
antiguas canciones, están muy dis-
tantes de lo que entendemos hoy por
música: la diferencia entre la mú-
sica popular y la música artística, es
inmensa en Francia.

Por el contrario, en Italia, en don-
de el instinto musical del pueblo es
muy vivo, la diferencia es insignifi-
cante, y hasta cierto punto, la tradi-
cion popular es más pura hoy que la
de los artistas italianos dedicados al
arte musical. Además en Italia, la
música está enlazada á muchas cir-
cunstancias de la vida familiar.

He aquí un caso curioso curioso
que presenciarnos en Nápoles:

El muelle de Santa Lucia, es cé-
lebre por sus tiendas de mariscos.
Por las tardes, cuando el sol declina
en el horizonte, los napolitanos ro-
corren las tiendas del muelle para
comprar mariscos, que los vendedo-
res disponen con un arte infinito. Una
noche atravesando una callejuela de
las que desembocan en el muelle, oi-
mos los alegres sonidos de una mú-
sica popular.

Penetramos en la callejuela, y vi-
mos un grupo de pescadores que ro-
deaban á unos cuantos músicos ilu-
minados por el vivo resplandor de
las antorchas.

Las llamas rojizas se reflejaban en
las blancas casas, dejando á las cor-
nisas superiores en la sombra: cabe-
zas morenas y adornadas con pa-
ñuelos multicolores se asomaban á
todas las ventanas. En el fondo de la
callejuela, una Virgen con el niño
Jesús, á cuyos pies chisporroteaba la
lámpara tradicional, contemplaba el
espectáculo con bondadosa mirada.
Uno de los asistentes nos dijo que
la serenata estaba dedicada á dos re-
cientos casados que acababan de entrar
en su casa.

En la ventana del segundo piso de
la casa indicada, se dibujaba el perfil
encendido de la novia y las ricas on-
dulaciones de su negra cabellera: se
inclinaba sonriendo hácia los músi-
cos, y de vez en cuando otro rostro

varonil aparecía á su lado, formando
las dos cabezas una doble medalla.
Encima de aquella calle estrecha,
cuyos altos muros desaparecían en
la oscuridad, el cielo formaba un te-
cho estrellado.

La orquesta se componía de un
violín, una flauta, una guitarra y un
trombon, que acompañaban á un
cantor.

Despues de algunos compases de
preludio, el cantor entonó una espe-
cie de cantilena, en mayor, muy len-
ta, con escaso ritmo, y que parecía
á la vez un recitado y una melodía.
Por el carácter y por el sentimiento
podía compararse á un adagio de Mo-
zart, sin la perfeccion del arte.—El
cantor cantaba con toda su voz casi
sin matices, como el pájaro que dá
toda la voz que tiene.

Los músicos le acompañaban con
los tres acordes simples, de tono, do-
minante y subdominante que son
suficientes en las melodías que solo
recorren los grados de la granura
diatónica.

Seguían con mucho arte todas las
progresiones de la voz; la flauta aña-
dia adornos á los diversos tonos del
sonido, el violín seguía el canto al
mismo tono; la guitarra se encar-
gaba de la armonía y el trombon
daba dulcemente las notas bajas
sostenidas.

Aquella música indolente y apa-
sionada subía entre las altas casas
arrastrando con ella las palabras so-
noras y algo nasales del dialecto na-
politano.

No cabía duda de que aquella mú-
sica era tradicional, popular, no es-
crita, porque á cada estrofa el acom-
pañamiento cambiaba de inspira-
cion. ¿De donde procedía aquel su-
blime epitalamio? Cautivados por
aquellos acordes tan originales, nos
ovidamos de preguntarlo.

Algunos años despues, hemos po-
dido enlazar aquel recuerdo con una
tradiccion antiquísima. En la antigua
Italia los amigos y parientes acom-
pañaban á los recién casados al son
de las canciones y de las flautas, la
comitiva se detenía delante de la
puerta, y entonces el esposo cogien-
do en sus brazos á la muger, le ha-
cía atravesar el dintel sin que sus
piés tocasen el suelo. Lo cual hubie-
ra sido de mal agüero. Es probable
que la serenata que hemos descrito
tenga alguna relacion con las anti-
guas bodas italianas.

Esto explica el carácter tan poco
moderno de la melodía que el can-
tor enviaba á las estrellas desde el
fondo de aquella callejuela.

DANIEL GARCIA.

ORIGEN DEL GATO.

Saint George Mivart, en su recién
te obra sobre esta especie de la raza
«felina,» dice que la historia primi-

tiva del gato doméstico es muy in-
cierta.

El gato nativo no es el gato comun
de la zoología, que abundaba mu-
cho en la mayor parte de los bos-
ques de Europa en tiempos de Julio
César y se conserva todavía en algu-
nas regiones. Parece haber sido im-
portado en nuestro continente por
los egipcios, siendo segun Mr. Mi-
vart, mencionado en inscripciones
cuya fecha remonta nada ménos que
al año 1684, antes de Jesucristo,
época en que ya era considerado co-
mo objeto de culto religioso y adora-
do en suntuosos templos.

Fué para los egipcios símbolo del
sol, y segun Herodoto, la muerte de
un gato por causas naturales era
solemnizada por la ceremonia de
afeitarse las cejas en señal de
duelo.

De Egipto fué introducido en Gre-
cia, aunque el profesor Rolleston,
en un artículo «sobre los gatos» con-
sidera que el animal que llevó este
nombre entre los antiguos fué el que
hoy se conoce en la ciencia por el de
«mustelafoina.»

Entre los hebreos no fué animal
doméstico, aun cuando fué conocido
por ellos como leemos en el libro
apócrifo de Baruch, que vivió, se su-
pone, en el reinado de Joaquin cer-
ca de 600 años antes de Cristo.

Al establecer la genealogía que por
seleccion corresponde al gato, Mr.
Mivart supone la existencia de anti-
quisimos insectívoros, y de unas sé-
ries en otras viene deduciendo va-
rias ramificaciones que dan lugar á
las distintas especies que constitu-
yen el órden zoológico en que actual-
mente se le clasifica.

CRONICA.

Han comenzado á levantarse las
paredes del nuevo mercado, que se
construye en la plaza de la Merced.
El material que hasta ahora se em-
plea es el ladrillo fino.

El tren corto y el expreso de hoy
para Murcia, han salido atestados
de pasajeros.

Otro tanto le ha sucedido al tren
correo.

El pilon de la fuente de las puer-
tas de Madrid exhala unos miasmas
que no son para olidos.

Sin duda andan los celadores ocu-
pados en otros asuntos cuando tanto
olvidan los de su incumbencia.

Tampoco estará demás prohibir
á los aguadores llenen los barriles
en el abrevadero obligándoles lo ha-
gan en el caño de la fuente.

Anoche se representó en el teatro-
circo la zarzuela de aparato «El sal-
to del Pasiego.»